

Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de Argumentos

Jorge Myers

UNQ / CONICET

*Un fantasma recorre Europa
El mundo.
Nosotros le llamamos camarada.
Rafael Alberti, 1937*

Introducción: el Frente Popular y los orígenes de la investigación histórica ligada al Partido Comunista

En 1962 Jorge Abelardo Ramos pronunciaba la siguiente sentencia sobre la historiografía del Partido Comunista argentino en la década de 1930:

Después de negar en bloque todo el pasado nacional y todos sus partidos representativos, bajo el común dicitario de “burgueses” o “fascistas”, el stalinismo adoptará paso a paso una visión de la historia argentina tomada en préstamo y absorbida como propia, del mitrismo antinacional. Este oportunismo histórico estará íntimamente vinculado al carácter de los partidos del Frente Popular y de las clases sociales de la ciudad puerto.¹

Más allá de la falta de matices y exageraciones retóricas que aparecen en esta observación, ella señala dos cuestiones fundamentales para la comprensión de la obra histórica producida

por Rodolfo Puiggrós antes de su expulsión del Partido Comunista en 1947: en primer término, que los orígenes de la visión historiográfica reconocida como propia por el PC argentino se sitúan en la década de 1930 y no antes; y en segundo término, que ese primer esfuerzo por producir una interpretación específicamente marxista-leninista del pasado nacional no puede entenderse plenamente si no se toma en cuenta la política del Frente Popular. En esto la situación del comunismo argentino no se diferenciaba demasiado de la de otros partidos comunistas del mundo, ya que la etapa anterior a la del Frente Popular –aquella de la lucha de clase contra clase–² había implicado para todos los partidos comunistas nacionales entonces en existencia una tendencia, por un lado, a desechar todo el pasado anterior a la Revolución de Octubre por pertenecer a una época cuya superación (mediante la revolución proletaria en curso) privaba de todo sentido; y una representación, por otro lado, internacionalista (con su eje colocado en la Unión Soviética) de las problemáticas nacio-

¹ Jorge Abelardo Ramos, *El partido comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, p. 110.

² Decidida en el Sexto Congreso, celebrado en 1928.

nales. En otras palabras, la Revolución de Octubre habría convertido en prehistoria a toda la existencia humana anterior a esa fecha, mientras que la revolución proletaria internacional implicaba un énfasis que, sin desconocer la problemática nacional, la relegaba a un segundo plano.³ Si hubo algunas excepciones a aquella tendencia general durante la década de 1920 (los casos de Gramsci y de Mariátegui son los que más inmediatamente saltan a la vista), no por ello dejó de ser cierto que en la mayoría de los países en los que se había organizado un partido comunista local, el esfuerzo por elaborar una interpretación propia del pasado nacional sólo comenzó en la década de 1930 o más tarde. En Gran Bretaña, para dar sólo un ejemplo, las primeras reinterpretaciones del pasado nacional desde una perspectiva comunista tuvieron lugar entonces, como en el primer libro de Joseph Needham (publicado bajo el seudónimo de Henry Hollorenshaw), sobre los “niveladores” (the Levellers), o en la primera versión de la biografía del militante sindicalista de izquierda (decimonónico), Tom Mann, escrita por Dona Torr. En los Estados Unidos, el desarrollo de una historiografía propiamente comunista siguió un patrón de desarrollo similar, ya que recién en la década de 1930 comenzaron a ser publicadas interpretaciones generales del pasado nacional de ese país (o de problemas puntuales de su historia, como la cuestión de la esclavitud africana), como aquéllas de V. F. Calverton (quien no era, por otra parte, miembro del partido), Leo Huberman o Philip Foner.⁴

³ Cabe recordar en este sentido, tanto las polémicas de Lenin con Rosa Luxemburg y con Nicolás Bujarin, en torno a la defensa del derecho de autodeterminación de las naciones, defendida por el futuro gobernante bolchevique durante la primera guerra mundial, como el temprano reconocimiento en la propia estructura política de la Unión Soviética de la existencia legítima de “nacionalidades” en un estado socialista.

⁴ La excepción a esta regla general (aparte de la propia Unión Soviética) quizás haya sido Francia, donde la ri-

El hecho de que la primera cristalización de una historiografía comunista haya tenido lugar en la década de 1930 difícilmente pueda ser desvinculado de la nueva preocupación por la historia como una herramienta fundamental en la lucha revolucionaria, posición adoptada por los dirigentes de la Internacional Comunista en el marco de la nueva política del “Frente Popular”. En un momento político marcado por la predisposición del PC a sellar alianzas con los partidos denominados “democrático-burgueses”, la elaboración de una interpretación del pasado nacional que se adecuara a esa política se volvía ahora más pertinente. El principal objetivo que perseguía la nueva política era el de intensificar la lucha contra el fascismo, entendido ahora como el principal enemigo de la clase obrera. Esa lucha exigía un estudio profundo de la historia nacional de cada pueblo, ya que sus resultados contribuirían de un modo decisivo a desvirtuar las representaciones “distorsionadas” de la misma que subterfían la política fascista. Así como todo el esfuerzo político del PC debía propender a la formación de una alianza amplia con los demás partidos de izquierda (salvo el siempre anatematizado trotskismo) y con aquellos denominados “democrático-burgueses”, la revisión de la historia nacional debía propender a una recuperación de los elementos propiamente “revolucionarios” de la misma, con el propósito de producir una versión alternativa tanto a la tradicional como a la de los “revisionistas” fascistas.⁵

queza de la tradición historiográfica marxista anterior a la fundación del PC francés, así como las repercusiones de la tradición revolucionaria en toda la cultura de la izquierda local, implicaron el desarrollo de una rica tradición historiográfica marxista que el comunismo local pudo reconocer como propia, aun antes del giro político adoptado en el VII Congreso Mundial del Partido Comunista. Por ejemplo, la primera edición de la *Histoire de la Révolution française* de Georges Lefebvre es de 1930, sin mencionar obras anteriores como las de Jean Jaurès o las primeras obras de Maurice Dommanget.

⁵ En el caso de los primeros historiadores marxistas ingleses, uno de sus mayores lamentos tuvo que ver con la

El Frente Popular en la Argentina y su impacto cultural

En el caso argentino, esa nueva configuración político-ideológica desembocaría en una política favorable a la constitución de un “Frente Unido” o “Frente Popular” en alianza con el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista, el Partido Socialista Obrero y la Unión Cívica Radical. Debido a la dura represión de la que había sido objeto desde 1930 en adelante, la política de “frente popular” revestía una particular urgencia para el Partido Comunista local, y si bien nunca llegó a constituirse formalmente en la década de 1930 ese “frente”, el acercamiento entre el PC y otras fuerzas políticas a través de actos compartidos, espacios cedidos en las respectivas publicaciones partidarias, y la instrucción impartida a los miembros del partido de votar por el candidato “democrático-burgués” Alvear en las elecciones de 1938, contribuyó a mejorar, aunque más no fuera de un modo marginal, su posición en el campo político argentino. Conviene de todos modos subrayar que las líneas divisorias entre las distintas agrupaciones de la izquierda argentina fueron más fluidas y permeables de lo que las historias “oficiales” del PC y de las otras agrupaciones de izquierda, como el Partido Socialista, darían lugar a suponer, creando así un clima favorable a la constitución de un frente político común en sectores de casi todos esos partidos aún antes de 1935. El ascenso de los movimientos de tipo fascista en muchos países europeos, por un lado, y la crisis institucional argentina que había desem-

ausencia –durante los últimos trecientos años– de proyectos revolucionarios exitosos; hecho por el cual la primera generación de historiadores marxistas británicos eligió concentrarse en la historia de las revoluciones del siglo XVII (Christopher Hill *et al.*) o en los antecedentes ideológicos y organizativos del marxismo y del Partido Comunista en Gran Bretaña (Dona Torr *et al.*).

bocado en una dictadura militar primero y una restauración democrática de dudosa legitimidad después, eran datos de la realidad contemporánea que impactaban por igual sobre los distintos partidos de izquierda, más allá de las acusaciones que mutuamente se dirigieran. De todos modos, la adopción por el PC local de la política de Frente Popular creó una situación mucho más favorable a la cooperación interpartidaria que la que había existido antes, al menos entre aquellos sectores que favorecían la constitución de un amplio frente anti-fascista.

Esa nueva situación se vería reflejada en la política cultural del Partido Comunista.⁶ Si ésta siempre había sido sumamente ambiciosa, como lo demuestra el temprano surgimiento de todo un universo de publicaciones culturales financiadas desde Moscú o alineadas en líneas generales con la posición ideológica de la dirigencia soviética y la igualmente temprana conformación de una red internacional de artistas e intelectuales, la voluntad de ampliación y de cooptación de escritores y artistas se volvería aún mayor luego de 1935. Por un lado, las nuevas publicaciones asociadas al Partido abrirían sus páginas a escritores que no eran comunistas o incluso, en algunos casos, a quienes se definían como anticomunistas (nuevamente con la excepción de la “ultra-izquierda” formada por los seguidores de León Trotski). La revista *Argumentos* es un ejemplo claro de esta nueva apertura. Si la mayoría de quienes publicaron en sus páginas fueron miembros del PC, y si la línea editorial supo ser claramente aquella del partido, no por ello dejaría esa revista de alentar cierta polémica –como aquélla entablada en sus páginas entre críticos y defensores de la obra del etnólogo José Imbelloni–, ni de hacerse eco de la protesta de algunos re-

⁶ Conviene enfatizar que el comienzo de la guerra civil española en 1936 impulsaría aún más ese clima ideológico-político favorable a algún tipo de unión anti-fascista.

visionistas nacionalistas que se habían sentido agredidos por la descripción que de ellos había publicado la revista. En el marco de ese nuevo clima cultural, y en torno de esa revista muy particularmente, tomaría forma la obra del primer grupo de historiadores miembros del Partido Comunista, integrado por Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Alberto Mendoza, Bernardo Kordon y Carlos Cabral.

El universo cultural en cuyo seno aquella nueva historia comunista había nacido era el que conformaba la bibliografía de la Tercera Internacional. Expresaba el sistema de lecturas autorizado e impulsado por las máximas autoridades del Partido Comunista (Bolchevique) de la Unión Soviética y del Partido Comunista Argentino. Como había ocurrido con otras corrientes de izquierda desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante, el Partido Comunista inspiraba (y aspiraba a dirigir) en sus militantes la participación intensa en una sub-cultura partidaria “holista” o total.⁷ En el caso de los nuevos historiadores comunistas, el centro intelectual de esa sub-cultura estaba constituido por el amplio acervo de obras clásicas del marxismo, seleccionadas según los criterios de legitimidad aprobados por las autoridades nacionales e internacionales del partido. Los autores vetados luego del ascenso de Stalin a la jefatura del Partido y de la Unión Soviética –Trotsky primero, sus seguidores como Victor Serge o Boris Souvarine, después, y, finalmente, al compás de los procesos de Moscú en la segunda mitad de la década de 1930, Bujarin, Radek, y un número muy amplio de otras figuras– eran leídos en algunos casos pero nunca citados ni aprobados, como también ocurriría con la mayoría de los escritores vinculados con el Partido Socialista. En el caso de los historiadores del

partido, su tradición disciplinar era necesariamente más compleja, ya que además de reposar sobre la bibliografía teórica marxista y la historiografía marxista-leninista de otros países, debía incorporar los aportes de la historiografía conformada por obras e interpretaciones “burguesas”.

Puiggrós y la discusión histórica en la revista *Argumentos*

En el plano historiográfico, el director de la revista *Argumentos*, Rodolfo Puiggrós, emergería en los últimos años de la década de 1930 y primeros de la de 1940 como el historiador más representativo del Partido Comunista: el intérprete “oficial” del pasado argentino. Antiguo periodista de *La Crónica* de Rosario, autor (en colaboración con Antonio Berni, que había estado a cargo de la parte fotográfica) de una investigación periodística acerca de la prostitución en esa ciudad, Puiggrós se había afiliado al Partido Comunista en 1926.⁸ Habiéndose especializado en temas históricos durante los años subsiguientes, emergería entre 1938 y 1946 como el principal historiador con que contaba el partido, tanto por sus publicaciones como por su tarea docente. Su dirección de *Argumentos. Revista Mensual de Estudios Sociales*⁹ se extendió de noviembre de 1938 a septiembre de 1939. Profesor en el Colegio Libre de Estudios Superiores, su primer libro de historia fue el producto del curso que había dictado allí sobre la historia colonial de la Argentina (una primera versión de cuyos capítulos había aparecido en *Argu-*

⁷ Cómo señaló Annie Kriegel en su notable estudio sobre la formación del Partido Comunista Francés, la estructura de los partidos comunistas hacía de ellos “la Iglesia de los que no la tienen”.

⁸ Tomo estos datos del muy documentado y ecuaníme estudio de Omar Acha, “Nación, peronismo y revolución en Rodolfo Puiggrós (Primera parte: 1906-1955)”, *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, Año 6, No. 9, 2º Semestre 2001, Ediciones FISYP, pp. 95-131.

⁹ Cuyo título en los últimos dos números se convirtió en *Argumentos para la Emancipación Nacional*. Duró 10 números esta publicación.

mentos): *De la colonia a la revolución*, publicado por Ediciones AIAPE en 1940. En el lapso de muy pocos años Puiggrós elaboraría una obra histórica relativamente nutrida, compuesta de libros que abordaban una gama amplia de períodos y temas históricos: *La herencia que Rosas dejó al país* (1940, Problemas), *A 130 años de la Revolución de Mayo* (1940, AIAPE), *Mariano Moreno y la Revolución democrática argentina* (1941, Problemas), *Los caudillos de la Revolución de Mayo* (1942, Problemas), *Rosas el pequeño* (1944, Montevideo, Pueblos Unidos), *Los utopistas* (1944, Futuro), e *Historia económica del Río de la Plata* (1945, Futuro).

En la revista *Argumentos* escribía además Carlos Cabral como teórico de la historia desde una perspectiva materialista-dialéctica. Para lograr una comprensión más precisa del sentido de la obra histórica de Puiggrós, conviene colocarla en relación con los argumentos elaborados por Cabral. Este autor sostenía, por una parte, que la historia elaborada por las distintas clases dominantes en la época de la lucha de clases no había podido sino ser “tendenciosa”, ya que la conciencia de clase que determinaba la visión histórica de cada escritor había determinado una visión parcial y distorsionada de la totalidad del devenir social. Según Cabral:

Solo cuando la clase destinada históricamente a construir una sociedad sin clases elaboró su concepción científica del mundo, la humanidad adquirió un instrumento, también científico, para la interpretación de la realidad. Con él recién el hombre tiene la posibilidad de desarrollar la ciencia en un verdadero terreno objetivo, de encontrar el camino de un continuo progreso histórico.¹⁰

Esa nueva historia, habilitada para alcanzar una comprensión justa y verdadera del pasa-

do nacional, sería “progresista” precisamente por constituir la expresión de la clase social que vehiculizaba las fuerzas del progreso histórico en el orden nacional: el proletariado. Mientras que según Puiggrós la historiografía vinculada con las dos clases dominantes del pasado –el feudalismo terrateniente y la burguesía– no podía sino distorsionar el pasado y reivindicar los aspectos conservadores del mismo,¹¹ aquella vinculada con el proletariado y armada con el instrumento científico que ofrecía el materialismo dialéctico, lograría superar ambos escollos.

La historia que proponía Cabral –y que ya comenzaba entonces a ser escrita por Puiggrós– era científica, militante y colectiva. Su cientificidad derivaba de su uso de las herramientas teóricas que ofrecía el materialismo dialéctico para producir una interpretación del pasado que descubriera las leyes inquebrantables que debían gobernar el desarrollo de las sociedades, y de ese modo poder colocar los hechos concretos que componían esa historia en su justa perspectiva. En esto radicaba, según autores como Cabral, Puiggrós o más adelante Sommi, la superioridad de la interpretación marxista-leninista del pasado argentino. Orientada según una teoría y un método que sólo podía producir conocimientos verdaderos acerca del pasado, la historiografía comunista no por ello debía dejar de ser militante. Ella debía estar presidida no por un mero afán de erudición –como habría sido, según Puiggrós y Cabral, la principal falencia de la “Nueva Escuela Histórica”– sino por el deseo de explicar el presente y de poner esa explicación al servicio de la lucha revolucionaria del proletariado.

Finalmente, la historia era concebida como una tarea esencialmente colectiva. Ello por dos razones: primero, porque era necesi-

¹⁰ *Argumentos*, Año 1, No.1, noviembre de 1938, p. 95.

¹¹ O, en el caso de los escritores ligados a la burguesía comercial, aspectos progresistas de alcance parcial, y por ende, a la postre, falsos.

ria una división del trabajo que facilitara y profundizara la tarea de investigación, y segundo, porque la polémica era considerada la condición *sine qua non* para que los historiadores perfeccionaran su propia perspectiva sobre el pasado. Cabral había enfatizado el primer elemento en el artículo de *Argumentos* en que lanzaba la propuesta de constituir un grupo nacional de historiadores comunistas (que de haberse hecho realidad hubiera precedido en siete años al “Communist Party Historian’s Group” de Gran Bretaña). Allí había declarado:

Decididos, como lo dijéramos desde el primer número de *Argumentos*, a impulsar todo aquello que tenga relación con el estudio histórico, hacemos hoy un llamado a los lectores interesados en él para constituir, de común acuerdo, un grupo nacional que, rompiendo con la tradición de trabajo individualista, encare la tarea de investigación e interpretación sobre la base de un plan organizado de trabajo colectivo.¹²

Además de los trabajos teóricos y didácticos de Cabral, aparecieron otros trabajos históricos, monográficos en algunos casos, de interpretación más general en otros. Entre los artículos monográficos se encuentran dos de Eduardo Astesano –“Instrumentos de la producción y el transporte empleados en el Litoral argentino en la época colonial” y “Don Domingo Cullen, comerciante progresista”–, uno de Alberto Mendoza (quién además protagonizaría una larga polémica con Cabral en torno del valor de la obra *Estudios de Culturología* de José Imbelloni)¹³ –“Contribución

al estudio del Cabildo de Buenos Aires”–, y uno de Bernardo Kordon sobre “La trata de negros en el Río de la Plata”. Revistieron, sin duda, mayor importancia los tres trabajos históricos publicados allí por Puiggrós, redactados a partir de sus conferencias en el Colegio Libre de Estudios Superiores, y reunidos un año más tarde en un formato expandido y parcialmente modificado bajo el mismo título que había llevado el último de ellos, *De la colonia a la Revolución*.

Puiggrós: su interpretación marxista de la historia argentina

La interpretación elaborada por Puiggrós en sus sucesivos estudios dedicados a explorar el pasado argentino estuvo presidida por la constatación de que en la Argentina no había tenido lugar una revolución democrático-burguesa. Tanto los estudios dedicados a analizar la sociedad y la economía del período colonial como sus diversos trabajos sobre la Revolución de Independencia y el período rosista, giraron en torno de la búsqueda de una respuesta a la pregunta de por qué ella no había tenido lugar. En el tercer artículo de la serie que luego compondría su libro *De la colonia a la Revolución*, Puiggrós había esbozado una hipótesis relativamente sistemática. Por un lado sostenía que la Conquista de las Américas por España había implantado una

Pokrovskii. Esta última cita demuestra hasta qué punto era posible que autores condenados por sus errores teóricos siguieran en circulación entre los comunistas de otros países. Pokrovskii, autor de una *Historia cultural de Rusia* muy conocida, y fundador en gran medida de la primera escuela de historiadores marxistas en la Unión Soviética, había sido acusado póstumamente por su débil dominio de la teoría marxista de la historia: a partir de 1934, sus obras dejaron de ser citadas o reeditadas, situación que se mantuvo vigente hasta la década de 1960. Véase al respecto Anatole G. Mazour, *The Writing of History in the Soviet Union*, Hoover Institution/Stanford, 1971.

¹² *Argumentos*, No. 3, enero de 1939, p. 279.

¹³ Mientras que Cabral impugnaba esa obra de Imbelloni, acusándola de ser “idealista” en su concepción y muy inferior –desde una perspectiva materialista dialéctica– a la de Lewis Morgan, Mendoza defendía la legitimidad de la misma mediante la invocación de autoridades marxistas como Armand Cuvillier o el historiador ruso

sociedad cuyo modo de producción era esencialmente feudal. La situación española previa a la Conquista había sido abordada por Carlos Cabral en un artículo de *Argumentos*, cuya línea general sería seguida por Puiggrós en *De la colonia a la revolución*: según la interpretación de Cabral y Puiggrós, la sociedad española habría estado encaminada hacia una transición del feudalismo al capitalismo en el siglo anterior al descubrimiento de América. Esa transición no se produjo, fue abortada por el propio descubrimiento: según el argumento de Cabral, mientras que los recursos de América fortalecían una monarquía que se tornaba absoluta, permitiéndole ahogar de raíz las nuevas fuerzas económicas destinadas a reemplazar el régimen feudal en descomposición, ese feudalismo se trasladaba –por su parte– a las Américas de la mano de los conquistadores. La historia económica posterior de la colonia consistió en el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas sin que jamás se llegara a liquidar el régimen feudal. Siguiendo a Marx y –sobre todo– a Lenin, Puiggrós analizó cómo en el territorio de la futura República Argentina se habían desarrollado dos sociedades contrapuestas: aquella de las provincias del interior, presa aún dentro de los moldes difícilmente modificables de la “economía doméstica”, y aquella de Buenos Aires y el litoral, en cuyo seno germinaba una burguesía comercial. En la primera de esas regiones un tipo de sociedad señorial, basada en la explotación de una clase servil indígena, hallaría su pleno desarrollo. En el litoral, en cambio, la ausencia de indios sedentarios había tornado imposible –según Puiggrós– la creación de un régimen económico como el que prevalecía en el interior. Los encomenderos nunca habrían llegado a cristalizar como clase, ya que les era imposible retener su fuerza de trabajo. El contrabando y el comercio constituirían la actividad económica preponderante en aquella región. En esas actividades se originaba el único tipo

de capital que habría conocido la Colonia, según Puiggrós: el capital comercial devenido en capital usurario mediante los préstamos otorgados por comerciantes y contrabandistas a los productores agrarios de la región. Los comerciantes, pero también los miembros de las órdenes religiosas y en especial los jesuitas, se convertían de ese modo en explotadores de las unidades económicas que formaban la economía doméstica del interior. Ésta era la razón detrás del estancamiento económico colonial:

Las fuerzas productivas de la Colonia habían llegado a un punto muerto. Estancadas bajo la doble opresión del comercio y de la usura –ángeles guardianes del monopolio mercantil y político de España– se mantuvieron así años y años.¹⁴

De este cuadro general, Puiggrós deducía tres conclusiones entrelazadas entre sí. Primero, que el desarrollo de esa economía no podía provenir de su interior; era necesario un agente externo, siendo éste el comercio inglés. Las semillas del imperialismo, según este análisis, habrían sido sembradas ya en la época colonial. Por otra parte, esa incapacidad para ascender a una etapa superior de desarrollo implicaba que en el momento de producirse la Revolución de Mayo, las fuerzas sociales necesarias para que una revolución democrático-burguesa pudiera tener lugar habían estado ausentes. El fracaso de Mariano Moreno y de todos los intentos posteriores por llevar a cabo una revolución auténticamente democrática en la Argentina hallaban su explicación en la ausencia de una auténtica burguesía: “No habían madurado en las entrañas del orden feudal de la Colonia las fuerzas que hicieran posible una transformación radical hacia el orden capitalista”. La re-

¹⁴ Rodolfo Puiggrós, *De la Colonia a la Revolución* (1ª ed.), Buenos Aires, Ediciones AIAPE, 1940, p. 127

volución incompleta y fallida que había tenido lugar luego de 1810 había encontrado sus condiciones de posibilidad en el desarrollo económico posterior a la creación del Virreinato del Río de la Plata, y sobre todo a partir de la creciente penetración del comercio inglés en la región. Ese desarrollo había intensificado los antagonismos entre sectores productivos contrapuestos: “entre las fuerzas productivas en desarrollo (ganadería y agricultura) y los intereses monopolistas de los comerciantes porteños agentes de Cádiz”, por un lado, y por el otro, “entre las propias fuerzas productivas (ganadería y agricultura del litoral, por una parte, y economía doméstica del interior, por la otra)”. Esta última observación le permitía ofrecer una explicación precisa y coherente –siguiendo una línea de análisis teórica inspirada en la entonces célebre obra de José Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional y colonial*– de las guerras civiles (que habían sido desencadenadas por la Revolución de Mayo) y de la disgregación territorial sufrida por el antiguo Virreinato. La falta de “comunidad de vida económica, de cohesión económica” desembocaba en la imposibilidad de constituir una nación plenamente unida luego de la Revolución.

En la sección final de *De la colonia a la revolución* y en los textos dedicados a la figura de Mariano Moreno, Puiggrós produciría una reinterpretación de la década revolucionaria a la luz de aquella situación: la burguesía que debía invocar la ayuda del pueblo, de las masas proletarias, para lograr el triunfo de la revolución democrático-burguesa, no lo había hecho porque no era realmente una clase revolucionaria; quienes sí eran revolucionarios pertenecían a la pequeña-burguesía y no podían por ello mismo plasmar un proyecto de transformación radical de la sociedad que fuera factible; y las masas, finalmente, a la espera del liderazgo burgués terminarían por seguir a caudillos de la campaña. En su libro más complejo sobre el período revolu-

cionario, *Los caudillos de la Revolución de Mayo*, Puiggrós sentenciaba:

La contradicción esencial de la revolución argentina es el siguiente hecho, que le es peculiar: la insurrección de las masas se ha producido al margen y contra el poder de la burguesía comercial. La burguesía comercial no logró ponerse a la cabeza de las masas y buscó entonces apoyo en fórmulas monárquicas y en el arreglo por arriba con las potencias extranjeras.¹⁵

El retrato que allí pintaba Puiggrós de Moreno está inspirado en la imagen heroica de Lenin que la historiografía soviética y comunista había construido luego de su muerte –la de un revolucionario profesional, animado por un plan de acción global, y dispuesto a tomar cualquier medida que fuera necesaria con tal de garantizar el triunfo de la revolución que dirigía. Mientras Juan José Passo formulaba en el Cabildo Abierto la teoría de la democracia, enunciada en “bellas palabras”, Moreno pasaba a la acción con la intención de realizarla en los hechos. Para Puiggrós: “Nadie entre los argentinos, ha desplegado tan enorme caudal de energías para poner en movimiento a las masas como Mariano Moreno, si se exceptúa al partido de la clase obrera en nuestros días”.¹⁶ A través de la obra histórica de Puiggrós, Moreno era rescatado para la tradición comunista argentina como un revolucionario ejemplar, un modelo de acción revolucionaria, de dedicación abnegada a la causa del pueblo, que servía para demostrar que también en la Argentina el revolucionarismo era una posibilidad latente.

Sin embargo, como se desprende de la contradicción fundamental señalada por Puiggrós, el momento histórico en que le ha-

¹⁵ Rodolfo Puiggrós, *Los caudillos de la revolución de Mayo*, Buenos Aires, Problemas 1942, pp. 185-186.

¹⁶ *Ibid.*, p. 32.

bía tocado actuar a Moreno no era el más propicio para que una revolución democrático-burguesa resultara exitosa: las condiciones objetivas no estaban dadas. La imagen de Moreno que construye Puiggrós cobra a partir de esa constatación una dimensión trágica: si el autor de la “Representación de los Hacendados” ha sido el único revolucionario auténtico de la historia argentina (hasta la aparición del Partido Comunista), todo su esfuerzo revolucionario no ha podido sino ser en vano, por la simple razón de que la herencia socio-económica española precluía la necesaria transición de un régimen feudal de producción a otro capitalista. Es por ello que Puiggrós estimaba que las palabras pronunciadas por Federico Engels en su libro *Las guerras campesinas en Alemania* acerca de la situación en que se hallaba el líder de aquel movimiento de masas eran enteramente aplicables a Moreno. El secretario de la Primera Junta estaba destinado al fracaso por la propia situación histórica que le tocó vivir; y sin embargo, si la revolución democrático-burguesa no podía realizarse aún, no por ello dejarían las masas de tener una intervención no sólo significativa, sino decisiva en el curso de los acontecimientos posteriores a Mayo, ya que ellas darían por tierra con la faz más reaccionaria de la política de la élite porteña.

En la interpretación de Puiggrós, la burguesía comercial porteña —encarnada en el partido directorialista durante la segunda mitad de la década revolucionaria— alentaba un proyecto monarquista y antipopular, cuyo éxito hubiera implicado una clausura total de cualquier posibilidad de cambio que la revolución hubiera abierto. Es por esa razón que la acción de los caudillos de la otra orilla y del litoral cobran una presencia central en su estudio sobre la Revolución de Mayo. En un contexto en el cual la acción de las masas estaba enfrentada con los designios políticos de la burguesía, el proyecto artiguista adquiriría un sesgo revolucionario. Según Puiggrós, José Gervasio Arti-

gas era el heredero natural de Moreno, porque al igual que el miembro de la Primera Junta impulsaba un proyecto democrático y federal. Más aún, había sido señalado en el *Plan revolucionario de operaciones* como una de las dos figuras más idóneas para atraer a la campaña oriental a la causa de la Revolución. Sobre la base de su aceptación de la autenticidad de ese documento y de que Moreno era su autor, Puiggrós establecía un vínculo directo y explícito entre la línea revolucionaria de Moreno y aquella desarrollada durante los años subsiguientes por el Protector de los Pueblos Libres. De todos modos, si algunas de las banderas del morenismo habían pasado a ser enarboladas por Artigas y sus seguidores —fundamentalmente las de la democracia (entendido este término en su doble acepción de soberanía del pueblo y de abolición de los “distingos” y servidumbres del Antiguo régimen) y el federalismo— no por ello dejaba de estar lejos ese movimiento de alcanzar el estadio de una auténtica revolución democrático-burguesa. Los caudillos se convertían en los líderes inorgánicos de las masas porque la burguesía comercial las había dejado huérfanas de lo que debió haber sido su conducción “natural”:

Después de Mayo aparecieron los caudillos enarbolando la bandera de intereses locales o regionales, bandera que tenía un doble y contradictorio significado: por una parte, era la defensa del estrecho mercado local o regional, de las viejas formas de producción, de las antiguas relaciones patriarcales dentro de la casa entre el amo y su personal, del derecho a vivir como antes, de la economía propia ante la avalancha de mercaderías, costumbres e ideas que venían de Europa por Buenos Aires y arrasaban con el pasado; por otra parte era la insurrección de las masas, que sacudían y destruían privilegios seculares y aspiraban confusamente a liberarse de sus antiguas servidumbres. En la medida que se desmoronaban los puntales del viejo orden social, las masas se

apartaban de él, sin atinar a encontrar uno nuevo. [...] Las montoneras vacilaban, pues, entre la reacción y la revolución, es decir, no podían ser de ninguna manera conservadoras, puesto que canalizaban corrientes de un profundo descontento y se lanzaban contra los españoles, portugueses y porteños con una finalidad en que las facetas reaccionarias se confundían con las revolucionarias.¹⁷

Ese carácter ambivalente de la insurrección de las masas se habría traducido en énfasis marcadamente distintos, según el caudillo y la época. Mientras que Artigas y los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos habían enfatizado en su accionar el aspecto mas revolucionario de aquellas insurrecciones, el de Juan Facundo Quiroga había sido “totalmente regresivo”, ya que le habría abierto las puertas del gobierno a Rosas.

El esquema interpretativo de la revolución y sus secuelas, que emerge, pues, en los tres libros de Puiggrós examinados aquí –*De la colonia a la Revolución*, *Los Caudillos de la Revolución*, y *Rosas el pequeño*– puede resumirse del siguiente modo: enfatizadas de un modo creciente las contradicciones internas del orden colonial a partir de la creación del Virreinato, ese orden había debido necesariamente sucumbir como consecuencia de un proceso revolucionario. Cuatro clases dominantes se disputaban en un primer momento el escenario: los funcionarios de la Corona y los comerciantes monopolistas españoles –representantes ambos del régimen feudal–, por un lado, y, por el otro, la burguesía comercial porteña y los ganaderos –siendo éstos los sectores destinados a ser beneficiados por la revolución–. Las masas que debieron haber sido convocadas por la burguesía comercial porteña para hacer de la revolución

de Mayo una revolución democrático-burguesa no lo fueron, por el simple hecho de que al contrario de lo ocurrido en Francia entre 1789 y 1799, el modo de producción dominante seguía siendo feudal y no capitalista. Una vez que habían sido desplazados del poder los funcionarios de la Corona y los comerciantes monopolistas españoles, la burguesía comercial había buscado restaurar el orden social, enfrentándose de ese modo con las masas lideradas por sus respectivos caudillos. Mientras que el proyecto político de la burguesía porteña consistía en el establecimiento de una monarquía y la imposición de límites a la soberanía popular, los caudillos orientales y del litoral buscaban imponer un régimen democrático y federal, que por definición debía ser además republicano –en este punto de su argumento, Puiggrós se hacía eco de la interpretación de Mitre en torno del fenómeno de la “democracia inorgánica”–. La burguesía comercial porteña se vería obligada a invocar la ayuda de potencias extranjeras –la monarquía portuguesa para sofocar las revueltas en la Banda Oriental, el imperio británico para garantizar su continuidad en el poder en Buenos Aires–, pero ni siquiera de ese modo pudo consolidar su dominio en el interior del nuevo Estado. La explicación, según Puiggrós, era económica: como la revolución se había hecho antes de efectuada la transición al capitalismo, ni se había constituido un mercado interno unificado, ni había logrado el capital comercial subordinar la economía del campo a sus propios intereses. Es por ello que le era aún posible a la clase producto de esa economía campesina disputarle el poder a la burguesía comercial, y poner fin de un modo contundente al proceso revolucionario iniciado en Mayo. El artifice de ese proceso restaurador sería Rosas.

En franca –y políticamente urgida– polémica con las versiones revisionistas de la época de Rosas, el sentido general que se le asignaba a ese período en la versión de Puig-

¹⁷ *Ibid.*, p. 133.

grós coincidía en sus líneas generales con aquélla desarrollada por José Ingenieros en su *Sociología argentina* y en su *Historia de las ideas argentinas*: el Restaurador habría sido el restaurador del orden colonial. Rosas era el representante de la clase de los terratenientes ganaderos del *hinterland* de Buenos Aires, en cuyo interior se había refugiado el orden social colonial luego de su derrumbe en la ciudad de Buenos Aires y otras partes del país como consecuencia de la Revolución de Mayo. Si la clase de los terratenientes ganaderos surgida de ese *hinterland* había podido estar temporariamente aliada con la burguesía comercial porteña, el progresivo desarrollo de su propia base económica y la creciente contradicción entre sus intereses y los de aquella clase, tornados patentes en la última etapa de la experiencia rivadaviana, no pudo sino determinar un enfrentamiento decisivo entre ambas. En ese enfrentamiento, la mayor conciencia de su propio interés de clase condujo a Rosas y a su partido a la victoria, frente al idealismo poco realista de Rivadavia y los unitarios.

El proceso revolucionario iniciado por Moreno, continuado por Artigas y los caudillos democráticos del Litoral, abandonado por Rivadavia y por Quiroga, hallaba ahora una clausura de más de dos décadas, aunque por cierto temporaria. El orden rosista consistía en la restauración de un régimen económico que el desarrollo de la economía mundial había vuelto anacrónico hacía mucho tiempo, por lo cual sólo podía mantenerse en pie sobre la base del terror y la violencia del despotismo. El grueso de ese penúltimo tomo dedicado a analizar la historia argentina como parte de un proyecto intelectual que aún se reconocía comunista, estuvo dominado por la polémica en contra de los revisionistas. Si esa polémica había habitado desde un comienzo la nueva historia auspiciada por el Partido Comunista Argentino—como parte del esfuerzo general de combate al fascismo—

ahora había cobrado una nueva urgencia debido a la situación política que a partir de 1943 se había instaurado en la Argentina. El propio Puiggrós—como tantos otros dirigentes e intelectuales comunistas— había sido perseguido por la policía y obligado a buscar refugio en la República Oriental, mientras que sus anteriores libros de historia eran prohibidos por las nuevas autoridades militares. *Rosas el pequeño*, que ya desde su título hugoniano aludía a la intencionalidad política perseguida por su autor, debió ser editado en Montevideo, bajo el sello de la principal editorial comunista del Uruguay de aquel momento, Ediciones Pueblos Unidos. Mientras que en los dos textos anteriores la crítica a la obra revisionista había ocupado un lugar menor—en parte por la propia temática (sin duda, Rosas era *el* tema revisionista por excelencia)—, *Rosas el pequeño* estaba organizado íntegramente en torno de los argumentos y aseveraciones de autores como Carlos Ibarguren, Julio Irazusta, Manuel Gálvez y otros menores que se buscaba refutar. Más aún, es por ello que Puiggrós buscó enfatizar el rol positivo de las fuerzas que impulsaban el antirrosismo: si Rosas había podido imponer una larga restauración del orden colonial durante su gobierno, no por ello habían dejado de germinar nuevas fuerzas sociales capaces de poner fin a su gobierno e instaurar un régimen más idóneo para que la Argentina efectuara su tan largamente postergada transición al capitalismo. En este sentido, Esteban Echeverría aparecía señalado como el continuador natural de la obra revolucionaria de Moreno y Artigas. Poseedor de herramientas científicas de análisis de las que habían carecido los rivadavianos y los rosistas, Echeverría había podido desarrollar un análisis de la sociedad que una vez asumido como propio por una fuerza política con capacidad de llevar sus conclusiones a la práctica, pondría fin a la dictadura rosista y abriría el camino a un estadio superior de desarrollo.

La conclusión a la que arribaba Puiggrós al final de ese libro era sombría y contradictoria. En ella, pese a la tradicional tendencia de los escritores comunistas a expresar un optimismo quizás demasiado elevado en cuanto a la capacidad progresista del proletariado (o en cuanto a la verdadera capacidad del propio Partido Comunista de convertirse en vanguardia de esa clase social), se traslucía el terrible impacto cultural que había tenido sobre todos aquellos que habían participado en los movimientos asociados con el frente-popularismo de las décadas de 1930 y 1940 la irrupción de un nuevo gobierno militar menos de 15 años después del primero. La Argentina aún no terminaba de completar su transición al capitalismo –como lo venía a confirmar la instauración de un nuevo gobierno dictatorial– y era por ello que la doctrina de Echeverría parecía estar aún a la espera de su realización en los hechos.

Por otra parte, si todo ese libro había intentado formular un análisis marxista-leninista preciso del rosismo original, ello respondía en parte al hecho de que la dictadura de 1943 pretendía imponer un nuevo régimen rosista en la Argentina. Ya en el “Prólogo” a este libro, Puiggrós había establecido de un modo explícito el parentesco entre uno y otro régimen. La única esperanza en 1943 seguía estando en manos de la clase a la que había dedicado su primer libro de historia. El pueblo que (según la interpretación desarrollada a lo largo de sus varios libros) siempre había actuado como depositario de la tradición de Mayo y fuerza democrática y progresista en el desarrollo nacional, no podría menos que actuar en consecuencia ante esta nueva situación de crisis y retroceso. Por ello concluía el prólogo a su “Rosas” diciendo:

Pero mientras arriba reconstruyen las cadenas de la tiranía, el pueblo reconstruye abajo los vínculos de su unidad. Si la tiranía recoge la hoy marchita experiencia de

las fuerzas del retroceso, el pueblo recoge la experiencia triunfal de la marcha de la humanidad hacia la libertad. Y la tiranía será efímera mientras el renacer del pueblo será definitivo.¹⁸

Conclusión

Este último pensamiento –poco original desde la perspectiva del discurso comunista referido a los momentos de derrota de ese movimiento, aunque quizás más elocuente que la mayoría de tales enunciados– encierra la clave para comprender la intención política que presidió la confección de *Rosas el pequeño*. La tarea histórica debía servir como herramienta en la lucha militante. No sólo no podía quedar al margen de la realidad de su momento, sino que debía establecer un vínculo “dialéctico” entre su investigación del pasado y los datos de la realidad presente. Es por ello que las lecturas dudosas y marcadas por omisiones de las obras de Moreno y Echeverría parecían tener un sentido muy poco significativo a la luz del proyecto historiográfico general alentado por el Partido Comunista. La eficacia de esa obra histórica debía partir de su capacidad de ofrecer una explicación coherente y teóricamente consistente del pasado nacional a la luz del marxismo-leninismo. Las discusiones acerca de la autenticidad de las fuentes no sólo eran una actividad accesorio, sino que ni siquiera tenían que ver con la verdadera tarea del historiador comunista. Mientras que la primera actividad quedaba relegada a autores como aquéllos criticados por Puiggrós –Groussac, Levene, Hansen, juzgados típicos representantes de la pequeña-burguesía conservadora– el historiador comunista debía hacerse cargo de la tarea enunciada

¹⁸ Rodolfo Puiggrós, *Rosas el pequeño*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1944, p. 382.

en la undécima tesis sobre Feuerbach: debía interpretar el pasado con la intención de actuar sobre el presente y transformar el futuro.

Más aún, su historia tenía un destinatario privilegiado: la clase obrera, cuya aspiración revolucionaria decía encarnar el Partido Comunista. Ésta debía ser, por consiguiente, una historia docente y normativa. Debía educar a los militantes y obreros acerca de la tradición revolucionaria de su propia nación; debía demostrar la coincidencia entre el proyecto comunista y la propia tradición nacional; y debía elaborar una explicación general de ese pasado capaz de ejemplificar la unión de teoría y praxis en los momentos revolucionarios del mismo. Más aún, debía hacerse cargo de dos problemas precisos, sin cuya consideración dejaría de ser marxista: debía identificar primero cuáles eran las clases sociales que habían actuado en el pasado nacional, qué características precisas habían demostrado tener, qué relación de fuerzas habían guardado entre sí; y segundo, debía

[...] establecer en qué momento histórico la clase obrera se convirtió *necesariamente* en la clase dirigente de la revolución democrático-burguesa en nuestro país, o, en otros términos, cuándo las condiciones objetivas (el grado de desarrollo de la economía del país y de las relaciones de clase) indicaron a la clase obrera como la única que podía encabezar la revolución democrático-burguesa, prescindiendo de las condiciones subjetivas (grado de conciencia y de organización de las grandes masas proletarias).¹⁹

La obra de Puiggrós, a pesar del hecho de que su futuro pasaje al peronismo puede ser intuitivo

¹⁹ Rodolfo Puiggrós, *Los caudillos de la revolución de Mayo*, Buenos Aires, Problemas 1942, p. VIII. Este último objetivo hallaba un modelo muy específico en la obra de Lenin, en especial en “Las dos tácticas de la social-democracia en la revolución democrática”, pero también en otras de sus obras de la etapa de la Revolución Rusa de 1905.

do como una posibilidad latente por cualquier lector medianamente atento a la argumentación precisa dedicada a los caudillos de la Banda Oriental y del Litoral, cumplía rigurosamente con estas dos exigencias. Su premisa fundante era que la revolución democrático-burguesa no había tenido lugar; su tarea general, la de descubrir por qué ella no se había producido. Su objetivo más inmediato era demostrar la importancia de la unidad de los sectores progresistas sobre la base del ejemplo de la propia historia argentina y refutar la versión “fascista” de esa historia que los revisionistas nacionalistas estaban elaborando entonces. Su destinatario, finalmente, era, como lo indica esta última cita, la clase obrera:

He escrito este libro teniendo presente a la clase obrera argentina, heredera y continuadora de la tradición progresista y libertadora que parte de los días iniciales de nuestra sociedad. Sólo ella puede contemplar el sol sin cerrar los ojos. Sólo ella puede aceptar que el pasado sea como es, sin velos piadosos que oculten sus lacras y sin deformaciones que oculten sus virtudes. A ella se lo dedico.²⁰

La obra de Puiggrós estuvo siempre atravesada por múltiples tensiones, producto tanto de aquella pasión por la clase obrera que la cita previa trasluce como de su voluntad de someter esa pasión espontánea a la disciplina que imponía la práctica partidaria comunista. La historia de Rodolfo Puiggrós, comunista, es una historia agonística. Ella consiste en una lucha entre la pasión y la disciplina, entre la opción por el pueblo y la opción por la ortodoxia partidaria. Ésta, tan destructiva en la mayoría de los casos, había marcado siempre la relación entre los intelectuales –con su necesidad de autonomía– y el partido que se con-

²⁰ Rodolfo Puiggrós, *De la colonia a la Revolución*, 1ª ed., p. 6.

sideraba la vanguardia de la revolución proletaria y a la vez guardián de la ortodoxia marxista-leninista. En cierto sentido, podría decirse, la dinámica de la militancia comunista había sido siempre aquella de “la pasión y su freno”. Puiggrós, como ya se vislumbra en aquella cita, optó finalmente por la pasión –aquella que declaraba sentir por la clase obrera– aun cuando ella siguiera un curso aje-

no al que pronosticaba y fijaba el Partido Comunista. A la luz del ejemplo de Puiggrós, puede quizás insinuarse la sospecha de que en aquella lucha irresuelta entre la voluntad de autonomía y la disciplina, la opción por la primera –indudablemente necesaria y vital para cualquier intelectual que deseara seguir siéndolo– no siempre haya representado una pura ganancia. □